

utilidad—, ni datos biográficos, que hubieran acrecentado esta tarea y triplicado el volumen. A veces acompañados por las notas, están los sonetos, tentando a la lectura, en medio de una página amplia, generosa, que tentará también a opinar, anotar, añadir.

MARTHA ELENA VENIER  
El Colegio de México

MARTHA LILIA TENORIO, *Poesía novohispana. Antología*. Pres. de Antonio Alatorre. El Colegio de México-Fundación para las Letras Mexicanas, México, 2010.

La reciente Antología en dos tomos de *Poesía novohispana*, de la investigadora Martha Lilia Tenorio, no sólo es una continuación, complemento y homenaje a Alfonso Méndez Plancarte, de cuya recopilación, de hace más de medio siglo, debe partir cualquier estudio de las manifestaciones poéticas de la Nueva España, sino que también es una valiosa reivindicación de estos poetas a los que la crítica neoclásica y, más tarde, la positivista decimonónica habían vilipendiado y reducido de un plumazo al gongorismo, como si imitar a Góngora fuera sinónimo de corrupción y perversión del gusto y supusiera la decadencia de las letras coloniales. La editora tiene el mérito de despojarlos de todo prejuicio y de valorarlos en su justo medio, porque los poetas novohispanos no pudieron prescindir de los modelos hispánicos, por mucho que intentaran alejarse de los mismos. Y hablando de prejuicios de otro tipo, incluye el soneto a las piernas femeninas de Terrazas que sostienen “la flor deseada” y que otros antologadores y estudiosos de la poesía española e hispanoamericana habían eludido incluir por recato, aunque el crítico José Joaquín Blanco sí lo considera en su obra *El lector novohispano*. El mismo criterio adopta para seleccionar algunos poemas jocosos y escatológicos que la crítica gazmoña, sin duda, habría evitado, como las redondillas de pie quebrado de Salazar y Torres a una dama que se había purgado o la máscara de Pedro Muñoz de Castro que hizo a los académicos en términos escatológicos donde Tenorio tuvo que explicar en más de una nota los dobles sentidos y las alusiones chistosas.

En las introducciones de los poetas, tomadas en muchas ocasiones del primer diccionario biobibliográfico mexicano, la *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, del bibliógrafo José Mariano Beristáin, apunta algunas noticias de su vida —si las hay—, de su profesión —abogados, médicos, capitanes, bachilleres, ingenieros—, de los certámenes en los que han participado, y además hace un breve análisis de los poemas que recopila y su circunstancia; a veces, destaca algunos temas comunes a muchos de ellos, como las composiciones dedicadas

al dogma de la Inmaculada o a la Virgen de los Remedios, a la que se convocaba en tiempos de sequía y de epidemias, y a la que poetas como Diego de Ribera, Alonso Ramírez de Vargas y Pedro Muñoz de Castro dedicaron varias obras.

Las anotaciones son de todo tipo y de una gran riqueza erudita; las hay que anotan variantes; en versos de lectura difícil o de hipérbatos forzados, suele glosar en las notas una paráfrasis de los versos para darle sentido a los mismos; abundan las notas de *similia*, en las que cita a otros poetas coetáneos para ilustrar el uso específico de alguna palabra y, con frecuencia, son Góngora y Quevedo, en quienes bebieron tantos poetas novohispanos, además de que, en algunos casos, la imitación gongorina era obligada por el secretario del certamen que fijaba los temas y la imitación que habría de hacerse a tal obra de Góngora. En las notas tienen cabida también las ediciones individuales de algunos de los poetas, realizadas por otros críticos que la han precedido, como Margit Frenk, José Pascual Buxó, Margarita Peña, Humberto Maldonado, Beatriz Mariscal, Pedro Lasarte y algunos más, ya sea para adoptar sus lecturas y anotaciones o, a veces, para corregirlas y enmendarlas muy atinadamente, como en el caso de Raquel Chang Rodríguez, que en su libro *“Aquí, ninfas del sur, venid ligeras”*. Voces poéticas virreinales anota en el verso “ya de bruto sólo el nombre tiene” que Bruto se refiere al asesino de César, lectura bastante desafortunada, pues, en realidad, se refiere a que el caballo del virrey era tan diestro, que casi parece racional y no animal, como explica Tenorio, quien además se pregunta: “¿Qué tendría que ver aquí el asesino de César?” O el mismo Alfonso Reyes, quien ningunea a los poetas novohispanos sin “apreciar el valor de la *imitatio* y de la noticia erudita en la *inventio*”, así, dice que los poetas son capaces de hacer que “Marco Antonio se trague las perlas de Cleopatra” refiriéndose al soneto funerario de Juan Ortiz de Torres por la muerte de doña Isabel de Borbón, y dichas perlas, como aclara en las notas la editora, son alegóricamente las lágrimas de Cleopatra por Marco Antonio y, en el caso de doña Isabel, las dos perlas se refieren a su vida y su virtud.

Muchas de las composiciones recopiladas del siglo xvii pertenecen a certámenes poéticos, de los que la investigadora anota el tema del certamen, los premios y las categorías, las alegorías que se proponen y las exigencias estróficas que deben hacerse según decreta el secretario del dictamen. No faltan los juicios de valor en las notas sobre la torpeza de las composiciones, las rimas forzadas, los versos hipométricos o hipermétricos, los fallos de asonancias, etc. Del siglo xviii destacan los certámenes académicos que se celebraron en la Ciudad de México y en la de Puebla por la canonización de san Juan de la Cruz en 1729, una de cuyas alegorías era relacionar al santo con las transformaciones de Proteo. Dichos certámenes tienen ya una edición anotada por Patricia Villegas, publicada en 2008 por el Conacyt

y la Universidad Iberoamericana, lo cual nos indica que está surgiendo un relativo interés por la poesía novohispana, aunque lentamente.

La representación dieciochesca de poetas es abundante y novedosa; en esta antología se da por primera vez noticia de algunos de ellos hasta ahora desconocidos que pertenecían a academias literarias o a la Academia Guadalupana, en cuyas composiciones se solía invocar “además del favor de las Musas, el amparo de la Virgen de Guadalupe”. Algunos académicos imitan a Quevedo en sonetos y romances satíricos dedicados a José de Villerías, un poeta sifilítico a quien daban unciones de mercurio para curar las bubas, quien participa también en la antología con unas graciosas octavas que describen una máscara de la Universidad en la que desfilan las profesiones al estilo de los *Sueños* quevedescos.

La representación femenina, a veces anónima, y siempre juzgada por hombres, no le va a la zaga a la masculina, como es el caso de Ana María González y Zúñiga, premiada en el certamen con motivo de la coronación de Fernando VI, y a la que Juan José Eguiara y Eguren, en la “Aprobación” de una de sus obras tuvo la gentileza de reconocerle un ingenio como el de los varones: “...éste y otros que ha publicado, y publicará, ponen a la vista la fuerza de su ingenio, que sabe brotar tan bellas flores, sin oír maestros, sin revolver bibliotecas ni frecuentar academias, por ser estos empleos ajenos de su sexo”. Otra poeta anónima decide cambiar “la aguja y la almohadilla” por “la pluma y el papel” para celebrar la proclamación de Carlos IV y cuando está esperando su musa, se le aparece Apolo instándole a que deje esa empresa, “que el coturno elevado / no es para pies de niñas”, y se dedique a cantar a su esposa, María Luisa de Parma. La misma metáfora de la costura, “No siempre las mujeres / han de pensar en dijes y alfileres”, usa Clementa Vicente Gutiérrez del Mazo y Velarde, en su epígrafe al soneto a Carlos IV.

Es cierto que, a juzgar por los dos gruesos tomos de esta antología, y sus 1352 páginas, habría que darle la razón a González de Esclava en que “Hay más poetas que estiércol”, pero como no soy como el gallo que halló un zafiro en un muladar y lo despreció, voy a sacar algunos zafiros del “estiércol” que no tienen desperdicio alguno y que me han dado ratos gratificantes de lectura, tal es el caso de Agustín de Salazar y Torres y su genial *Silva* de las cuatro estaciones del día, ofrecida a su ingrata Marica, a la que despoja (como sor Juana en sus *Ovillejos* a Lisarda), de todos los atributos convencionales de la hermosura y la presenta al natural, comiendo, chupándose los dedos, bostezando, con lagañas, desperezándose, roncando, al mismo tiempo que nos relata el proceso de escribir y de robar versos a Góngora o a Lucano (como sor Juana a Garcilaso); o las *Redondillas* en las que se pinta a sí mismo feo y sin gracia comparándose con una dama que le pidió un retrato, que podría ser también un antecedente de los Ovi-

llejos de sor Juana. No son menos ingeniosas las Seguidillas de Pedro Muñoz de Castro, en las que retrata a una dama en metáfora de papel, con algunas coplas hechas al alimón con Juan Antonio de Segura, además de dedicar también dos sonetos a sor Juana, con cuya muerte “el orbe queda a oscuras” y “yace el universo inanimado”. Juan José Gutiérrez también nos deleita con un romance burlesco sobre Dafne y Leucipo, el galán travesti, que para poder estar cerca de ella se disfrazó de mujer y fue descubierto, por artimañas del celoso Apolo, al bañarse con las ninfas; el romance acaba con Dafne convertida en laurel y Apolo la castiga para “que sirvas a los vinagres / y al agua de los barberos”. Otro curioso poeta es el fraile zacatecano de la orden de San Francisco, José de Castro, que escribió un largo romance en el que narra su viaje de Zacatecas a Roma, su traslado desde los centros mineros a la ardiente Veracruz, comparable con todos los volcanes famosos, y de los mareos en el barco: “Andaba la vomitona / tanto como el Norte recio, / y aguaceros de manjares / los tiburones tuvieron”. Su paso por La Habana y el accidentado desembarco en Sanlúcar; por las ciudades francesas, donde afloran sus prejuicios y su llegada a Roma, donde, aparte de describir toda la mitología esculpida en las fuentes, habla de un barrio de hebreos que para distinguirlos llevaban sobre el sombrero un tafetán rojo. De satírico gracioso podríamos calificar a Manuel Gómez Marín, en cuyo poema, “El Currutaco”, varios demonios y condenados disputan sobre qué ingredientes echar en la olla donde preparan una mixtura de la que sale “un hermafrodita muñequito”, de cuya vestimenta y ademanes afeminados se burlan los diablos.

La antología es, sin lugar a dudas, un laborioso e ingente trabajo de investigación que merece todos los encomios no sólo por ser un material imprescindible para los estudiosos de los siglos virreinales sino también para acercar al estudiante a las manifestaciones poéticas virreinales, que, a pesar de haberse calificado despectivamente como literatura de certamen o poesía de circunstancia, dicen mucho de la tradición y la cultura poéticas de estos ingenios novohispanos tan eruditos y empapados en mitologías, en la Patrística, en el dogma y en los misterios de la fe, pero también con una vena jocosa y satírica que no tienen nada que mendigar a las musas. Únicamente encuentro algunos fallos, que, no obstante, es preciso señalar: en su introducción, en dos ocasiones (pp. 37 y 39), Tenorio afirma que Balbuena trae a Bernardo del Carpio al Nuevo Mundo, “donde unos adivinos de Tlaxcala le anuncian la futura conquista de Ultramar”, lo cual no es cierto en absoluto: los que vienen al Nuevo Mundo en su poema *El Bernardo* son el mago Malgesí y otros dos tripulantes franceses y es a ellos a los que el Mago Tlaxcalán, en singular (no “unos adivinos de Tlaxcala”, sino un solo mago que tiene su morada en las entrañas del Popocatépetl) les enseña las futuras proezas de Colón y Cortés.

En varios poemas aparecen comparaciones con animales y la editora acude siempre a Plinio para dar una explicación de las alegorías que se plantean; por ejemplo, en el caso del pelícano que se rasga el pecho para alimentar a sus polluelos en el romance de Antonio Terán de la Torre, Tenorio afirma que “parece una invención poética” “muy socorrida”, que no aparece en Plinio, y ahí se queda. Si hubiera recurrido a los bestiarios, sabría que no es sólo un manido recurso poético sino que la rica simbología del pelícano como símbolo de la pasión de Cristo está documentada en los bestiarios medievales y, concretamente, en los cristológicos.

Respecto a la noticia biobibliográfica que da sobre Sigüenza y Góngora, dice que “abandonó” la Compañía de Jesús “por razones que todavía hoy se discuten”; es cierto que sus biógrafos se preguntaban si había sido una decisión del propio Sigüenza o una expulsión, pero Edmundo O’Gorman vino a llenar el vacío biográfico con el descubrimiento de tres cartas en las que se habla, por un lado, de su expulsión a causa de las salidas nocturnas cuando Sigüenza era estudiante en el colegio del Espíritu Santo de Puebla y, por otro, de sus peticiones de reingreso en la Compañía<sup>1</sup>.

Llama la atención, por último, que la editora, pendiente más de las inspiraciones gongorinas o sorjuanianas de los poetas novohispanos, haya descuidado hacer una nota de *similia* que señalara la imitación clarísima que hace Cabrera Quintero en sus “Décimas humanas” (pp. 1066-1068) del monólogo de Segismundo en *La vida es sueño* de Calderón de la Barca: todas las estrofas comienzan con “Nace... y acaban con “y yo... tenga menos libertad”.

Los dos tomos, que suman más de mil páginas, son objetos artísticos de una impecable factura con un diseño editorial de Antonio Bolívar que destaca por la elegancia de las notas en los márgenes, a la manera de las glosas antiguas, de tal manera que logran volver los escolios más llamativos y apetecibles de leer.

Acompañan esta edición tres índices valiosos e imprescindibles: de primeros versos; de autores y de personajes, temas y motivos, que enriquecen la investigación y permiten la consulta y rápida localización de las búsquedas de nuestros insignes cisnes mexicanos y sus dulcísimos cantos desparramados en miles de versos que colman el cuerno de Amaltea y hermocean estas páginas repletas de erudición, mitología, alegorías, elogios y vituperios.

MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

<sup>1</sup> EDMUNDO O’GORMAN, “Datos sobre don Carlos de Sigüenza y Góngora (1669-1677)”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, 4 (1944), 595-612.